



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



1.º de setiembre de 1888



Núm. 44



EL NIÑO Y LA VACA





## EXPOSICION UNIVERSAL

### SECCIÓN MARÍTIMA

**V**ISTA de noche, á la luz de la luna y con el auxilio de los focos eléctricos, es muy bella y fantástica la perspectiva que ofrece. Pero cuando á la luz de la luna sucede la luz diurna, y á los reflejos eléctricos los esplendores del sol, la perspectiva cambia notablemente, y todo lo vago parece contornearse, y todo lo fantástico cobra cuerpo de realidad.

Ya no semeja la instalación de la Trasatlántica un juguete de nácar, sino un pabellón elegantísimo y espacioso rodeado de jardines y de artefactos marítimos, colocados con el mejor acierto imaginable. En el faro de carbón de piedra ya no brillan los enormes ojazos de esmeraldas y rubíes; pero al besar el sol su alta galería, se ve brillar el mineral con los fúlgidos centelleos del azabache. La sección oficial pierde su legendaria perspectiva, y su fábrica se descubre en toda su gallarda grandiosidad. Las tiendas de campaña cobran asimismo su marcial fisonomía, y todo os atrae y seduce, reclamando vuestra visita.

Pero allí al frente está el mar, hermoso si está tranquilo, y mil veces más bello si se irrita. El abismo atrae de una manera irresistible, y no hay quien se resuelva á entrar en ninguna de las mencionadas instalaciones sin asomarse antes un momento al mágico mirador. ¡Qué hermosa y dilatada inmensidad! A su derecha la limita brevemente Monjuich, pero nada interrumpe ni corta el trasparente espacio que entre los ojos se extiende: ni una embarcación de grande ni pequeño porte se halla fondeada, ni se descubren los puertos, ni se divisan los fondeaderos. Sólo de vez en cuando se ve surcar una pequeña embarcación blanca que marcha disparada como una flecha ó cabeceando perezosamente: es el vaporcito *Unión*, que hace viajes de recreo desde la puerta de la Paz al pie del puente de la Sección Marítima de la Exposición. Por lo regular lleva siempre extraordinario pasaje, relativamente tanto como los vapores franceses é italianos que conducen emigrantes á Buenos Aires, con la sola diferencia que los pasajeros del *Unión* van muy alegres y contentos, y los *pasajeros verdad*, los que navegan miles de millas en busca del sustento que no encuentran en su país, van tristes, muy tristes; siendo imposible describir su tristeza aun habiéndola visto y contemplado.

Cuando, después de haber disfrutado de la vista del mirador, el visitante se decide á visitar el interior de las secciones anejas, la impresión que recibe su



ánimo, con ser muy distinta, no es menos agradable que la que hasta ahora ha disfrutado. En el edificio oficial, además de España, exponen Francia é Italia modelos de fragatas y gran acopio de artefactos marítimos. Varios particulares tienen instalados vaporcitos en miniatura, tan primorosamente contruidos y con tal riqueza de detalles que son una verdadera notabilidad. En uno de los departamentos llama la atención un acuarium de grandes dimensiones. Es un mar en miniatura: á través de su transparencia se ven peces, corales, conchas y cuanto el mar da de sí; surca su superficie un pequeño vaporcito, y en su fondo pueden verse los destrozos de una nave que ha naufragado. Aun en la ficción resulta pavoroso un naufragio; y al ver aquella navecilla diminuta, desmantelada, perdido el timon y sin ancla, y completamente sumergida, recordé el naufragio del vapor *Alvarado*, acaecido en nuestro puerto en mayo de 1880, y recrudecié vivamente en mi memoria la vista de los palos del vapor después de la catástrofe, saliendo sobre la superficie y elevándose como si nuestros brazos en la turbulenta inmensidad.

Junto al mencionado edificio está el en que tiene expuesto su material la Sociedad Española de Salvamentos de Náufragos, cuya humanitaria misión explica claramente el nombre de la sociedad. El material que expone es muy notable y revela su



El niño y la vaca



buena organización y lo completo de su servicio. Como en la sección oficial y en la Trasatlántica, las instalaciones están guardadas por marineros que os facilitan cuantas explicaciones os convienen, porque lo cierto es que, las más de las veces, al ver determinados objetos, no podéis menos de preguntaros: «¿Eso, qué es? ¿Para qué servirá tal cosa? ¿Qué se hará con tal otra?» Y aquellos amables marineritos os hacen cuanta luz necesitáis. Es verdad que las más de las veces no entendéis lo que quieren decir, pues el lenguaje técnico de la marinería es algo distinto del de la gente de tierra; pero se les oye... y algo se aprende.

En el pabellón de la Trasatlántica se ven copias de los principales vapores de la compañía. Un camarote de primera muy elegante y confortable, con las correspondientes literas, lavabo, etc., etc.; otro camarote de segunda, muy recomendable á su vez; un comedor, con un completo surtido de copas colocadas á lo alto de la mesa, y sujetas, según se acostumbra á bordo, para evitar que se rompa el cristal; mesas y muebles modelo del mobiliario de diversos barcos de la casa; lonas, abacás, maderas, hierro, y cuanto es necesario para las construcciones navales; completan las instalaciones de la Trasatlántica.

Apenas abandonáis la Trasatlántica, llama poderosamente la atención una vasta cuadra construída allí mismo. Parece que sería más propio dar con un criadero de ostras y otros mariscos. Pues no: os encontráis con una cuadra completa donde se hallan expuestos los mejores ejemplares de nuestras remontas. Buenos caballos, gran lámina, pero mansos como corderos. No hay muchacho que no los acaricie y que no les dé algún terroncito de azúcar ú otra golosina, siendo ya numerosos los amigos que se han echado desde que el Gobierno los mandó aquí.

Por las circunstancias que os acabo de reseñar, comprenderéis que la Sección Marítima es la sección *de moda* de la Exposición. Así la llaman y así es; y ahí tenéis, por inexplicable fenómeno, la *moda* acertando una vez y dando fama y nombre á una cosa que vale la pena.

Hasta el próximo número se despide de vosotros

BENJAMÍN





## EL UNIVERSO

## I

## DEL ESPACIO

HACE unas cuantas semanas tuve el gusto de dirigiros, queridos camaradas, una cartita en la que os proponía algunas excursiones recreativas á varios puntos poco frecuentados, pero que no por eso dejan de ser bonitos y dignos de nuestra atención; pero considerando lo adelantado que estaba el curso, y que la época del examen se acercaba á pasos agigantados, creí más conveniente, y este fué también el parecer de varios camaradas, dejarlo para las vacaciones, cuando, libres ya del peso de las asignaturas correspondientes, pudiéramos dedicarnos sin ningún cuidado á dar juntos algunos paseítos.



Las niñas y las avispas

Como todo se acaba en este mundo, concluyó el curso, pasó la época de los exámenes y llegó el verano, estación deseada por todos los estudiantes, que encuentran en ella el descanso y el sosiego tras de ocho meses de clases y libros, y explicaciones y apuntes, etc., etc. Por manera que ya podemos hacer nuestras excursiones, pues ningún cuidado reclama ahora nuestra atención. Y como sé que estáis todos preparados, vamos á comenzar hoy mismo, sin dejar pasar un día más; pues, como dice un refrán castellano, *el llanto sobre el difunto*. ¿No os parece? Pues ¡ya lo creo!

Vamos á dirigiros hoy ¡al espacio! ¿Os gusta?

Y en tanto que paseamos por tan inexplorables regiones, os diré cuatro palabras acerca de ese ancho «camino á todas partes,» en el que, Dios mediante, hemos de encontrarnos más de una vez.

Vano intento sería el mío si os quisiera dar la definición del espacio: tantos se lo han propuesto, que parece debería ser tema definitivamente resuelto, y, sin embargo, ¡nadie sabe qué es el espacio! ¿Os asombráis? ¡Pues allá va la prueba!

El espacio, dicen unos, es una inmensa esfera, cuyos radios, *trazados desde cualquier punto*, son siempre iguales. Es, dicen otros, la extensión infinita, susceptible de contener un número indefinido de mundos... ¿Vais formando concepto de lo que es el espacio por estas definiciones? Pues aun las hay más curiosas. Ejemplo: el espacio es un círculo infinito cuyo centro está *en todas partes* y cuya circunferencia *en ninguna*; es una capacidad sin límites, sin figura y sin centro; es la extensión sin término, sin orillas, inconmensurable, infinita.

¿Y qué? ¿Sabéis ya lo que es el espacio? ¡No! Esto le sucede á todo el que busca, para formarse idea del espacio, una definición adecuada; y es porque



el sentido de las definiciones copiadas, como el de cualquiera otra que nosotros inventáramos, es tan sólo aproximado, pues la inteligencia del hombre, como limitada que es, no puede penetrar, ni menos explicar, lo ilimitado, lo infinito, y se vale, para dar la definición de una cosa *infinita*, de comparaciones y ejemplos tomados del orden natural. Pero como este orden es siempre inferior al de los hechos que traspasan los límites de nuestra comprensión, de ahí que el conocimiento que tengamos de éstos por aquéllos, sea siempre aproximado más ó menos, pero nunca exacto. En otros términos: definición vale tanto como *demarcación de límites*; y definir una cosa, presentarla de modo fácil y asequible á nuestra comprensión, abarcando todas sus cualidades, es



Las niñas y las avispas

decir, en sus límites. Y siendo el espacio ilimitado, incommensurable, ¿cómo hemos de definirlo y de comprenderlo? Por eso os dije que, á pesar de las explicaciones que se quieren dar del espacio, nadie sabe qué es ni tiene de él exacto y cabal conocimiento.

No siéndonos posible formar una acabada idea de la magnitud del espacio por medio de una definición, procúrase echar mano de algún ejemplo que lleve á nuestra inteligencia el concepto de lo que se presenta como superior á ella; y así, suele hacerse la siguiente comparación:

Suponer un rayo de luz que, con la velocidad de 77,000 leguas por segundo (1), parte, en línea recta, de un punto cualquiera, la tierra, por ejemplo: al terminar el primer segundo, lleva andadas 77,000 leguas; á los 2" habrá corrido 154,000; á los 3", 231,000. Id añadiendo segundos y sumando 77,000 leguas por cada uno, y tendréis lo que habrá viajado en un minuto (4.620,000).

(1) 77,000 leguas es próximamente la distancia que recorre en un segundo el fluido luminoso.



en una hora (277.200,000 leguas), en un día, en una semana, en un mes; y ya os será imposible comprender la fabulosa extensión del camino que el rayo ha recorrido. No basta con esto: calcular las leguas que andaría, sin perder un instante su velocidad inicial, en un año, en un siglo, en miles de miles de siglos: ¿dónde se encuentra ya el rayo? Los millones de leguas que de nosotros le separan son ya incalculables: hace mucho tiempo que atravesó las últimas



Las niñas y las avispas

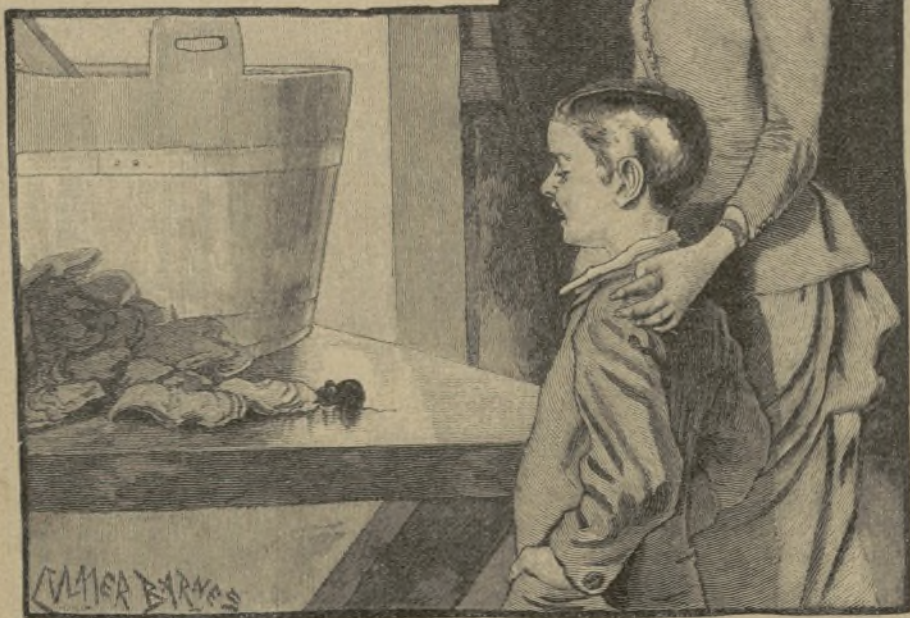
regiones estrelladas que divisamos desde la tierra; á su paso encontró mundos cuya existencia ni aun se había sospechado; vió soles de mágico brillo, estrellas de enorme magnitud, astros mil, cuya imagen no se proyectó jamás en el aparato más potente; cruzó regiones estelares allá donde no alcanza la imaginación... y todo lo ha dejado atrás, y ha seguido avanzando, avanzando siempre con la misma prodigiosa rapidez que cuando partió de nuestra tierra. ¿Verá luego el término de su expedición? ¿Encontrará pronto el límite del espacio, el fin de su carrera? ¡Ah! No. Tan lejos se halla ahora de un límite cualquiera, como en el instante de partir; y si duplicara el tiempo y doblara la velocidad, se vería como en el primer momento de su carrera, sin haber adelantado un paso y sin que nada se oponga á su vertiginosa marcha. La extensión infinita se abre delante de él y en todos sentidos, y la eternidad de tiempo necesitaría en su camino.



Este es el espacio: un océano sin costas ni orillas, poblado por grandes archipiélagos formados por millones de astros, separados entre sí por enormes distancias, donde reina la calma y el silencio y la oscuridad.

Pero advierto que hemos ido muy lejos en esta primera excursión y ya es tiempo de volvernos á casa. Creo, amiguitos, que con estas ligeras nociones os habréis formado sucinta idea de la inmensidad del espacio, de ese mar sin fondo que pronto hemos de surcar si os animáis á emprender por él algún viajecito.

CLEMENTE BRAVO



El ratón y la ostra







Dos nidos



# NOCHES DE VERANO

## LA NINFA DE LOS MARES

### II

—Verás, mamá, verás,—dijo la niña,—  
cómo adorna el abuelo el cuentecito.  
¡Lo sabe de memoria!

—¡Ya lo creo!—

Ramón interrumpió:—¡Va de corrido!

—Es, hijos míos, que el abuelo siempre,—  
el padre contestó,—tuvo infinito  
amor hacia el estudio, y ganó premios  
por su mucho talento desde niño.

—Pues yo quiero también tener talento.

—Ya lo tendrás, Ramón, si eres asiduo  
en el trabajo, y, como Luis, tu hermano,  
en vez de irte a jugar, coges los libros.

—¡Es que mucho leer, papá, me cansa!

—No por cierto: lo que hay es, hijo mío,  
que tú estudias sin regla...

—¡Anda! ¡Sin regla!

¿Verdad, mamá, que tengo una de pino?

—Bueno, bueno, Ramón: deja eso ahora,—

Luis exclamó,—que así no da principio  
el abuelo a la *Ninfa de los mares*.

—¡Miren si sabe el nombre el encogido!  
Pero en lo justo está: no más preguntas;  
y así, formando todos semicírculo,  
sin que nadie interrumpa mis palabras,  
contaré de la Ninfa los prodigios.

Era una horrible noche de tormenta  
en que lanzaba el mar sordos rugidos  
y se alzaban las aguas en montañas  
que á descansar volvían al abismo.  
Una frágil barquilla, en cuyo fondo  
iba un marino sólo con un niño,  
era débil juguete de las olas,  
que hacerla amenazaban mil añicos.  
Uno al otro abrazados los dos naufragos,  
esperaban no más divino auxilio,  
cuando vieron surgir de entre las ondas,  
en las aguas trazando ancho camino,  
una visión celeste cuyo rostro  
rayos lanzaba de fulgente brillo.  
Los naufragos miráronla confusos;  
y cuando se juzgaban ya perdidos,  
creyendo que la barca con sus cuerpos  
se hundiría en el fondo del abismo,  
contemplaron las olas irritadas  
apacarse, quedando el mar tranquilo.  
De asombro semejante aun no repuestos,  
oyeron una voz de eco dulcísimo,  
que decía: «—¡Calmaos, navegantes!  
Mi oleaje respeta á los marinos,  
y podéis dirigir vuestra barquilla  
hacia aquel promontorio nacarino.  
Isla es en la que tengo mi palacio,

y en ella encontraréis seguro asilo.»

—¡Ay, qué bien, abuelito! ¿De manera  
que el mar no se tragó al hombre y al niño

—¡Calle el interruptor! Escuche atento,  
y sabrá de ese modo lo ocurrido.

Al oír la el marino, emocionado,  
miró á la aparición, y entre suspiros  
replicó: «—¡Gracias mil, noble señora!  
¡En nombre de mi Pedro yo os bendigo!  
Salvasteis nuestra vida, y ¡por San Telmo!  
vuestro esclavo será desde hoy sumiso  
Miguel el pescador. Y ahora, que en calma  
se encuentra el mar, boguemos. Tú, Perico,  
coge un remo, yo el otro, y dirijamos  
nuestro barco á ese puerto.

—Padre,—dijo

el muchacho,—no encuentro más que un remo:  
el otro el oleaje lo ha barrido  
en unión del timón y de las velas.

—¿Sólo un remo quedó? Pues al avío:  
dámelo y atraquemos, que el palacio  
está á unas cuantas brazas.»

Y el marino

hizo volar la embarcación ligera,  
igual que si cruzase manso río.  
La cénica visión iba delante  
irradiando fulgores diamantinos,  
y al promontorio así en breve llegaron.  
Miguel y Pedro estaban confundidos  
al ver aquel islote sorprendente,  
que parecía fruto de un hechizo.  
Sin explicarse el cómo, trasportados  
fueron desde la barca á un saloncito  
que tenía columnas primorosas  
con esmaltes de artístico capricho.  
De la sala en el centro, sobre un trono  
de estructura elegante, en gusto rico,  
vieron á la beldad desconocida  
rodeada de gallardos pajecillos.  
—¿Era una reina, abuelo?

—Pues ¡es claro!

Una reina muy rica,—Ramón dijo.

—No por cierto, curiosos: era sólo  
de los mares la Ninfa.

—Y ¿qué les hizo?

—Dejad ahora al abuelo que de canse,  
—añadió la mamá,—y así, hijos míos,  
continuará después, más sosegado,  
el cuento, que es bonito.

—¡Muy bonito!

FLORENTINO ILORENTE

(Se concluirá)





## ✱ NUESTROS GRABADOS ✱

### EL NIÑO Y LA VACA

El buen Federico era muy miedoso y cobarde, y cuando llegaba la hora de acostarse, siempre quería que su mamá estuviese al lado hasta que se hubiese dormido. Cierta noche su mamá le refirió un cuento antes de que conciliara el sueño.

—En cierto pueblo,—le dijo,—vivía una señora que tenía un niño tan miedoso como tú, y una noche le prometió llevarle al día siguiente á ver á sus tíos si daba una prueba de valor quedándose á dormir solo.

Al llegar á esta parte de su cuento, Federico comprendió quién era la señora y quién el niño, reconociendo que se trataba de su misma mamá y de él; y tanto le halagaba la perspectiva del día siguiente, que se durmió solo sin pensar en nada.

A la mañana siguiente Federico se despertó á primera hora, tal era su impaciencia por ir á la granja de sus tíos, donde había muchos animales domésticos.

La tía Brígida obsequió al niño, y antes de comer quiso llevarle á ver las vacas. Al acercarse á una de ellas, el animal mugió, creyendo que iban á darle de comer alguna cosa, y esto fué lo suficiente para que Federico se espantase y comenzara á llorar.

—No tengas cuidado,—le dijo la tía Brígida;—eso es que la vaca habla para que le den de comer.

Federico se tranquilizó un poco, y al fin atreviéndose á dar él mismo un poco de heno al cuadrúpedo; pero dijo á su mamá que le gustaría más aquella vaca si no hablara tan alto cuando pedía de comer.

Federico se divirtió mucho en la granja, no sólo con los animales domésticos, sino también porque su tío le llevaba á pasear al jardín con su carretón.

### LAS NIÑAS Y LAS AVISPAS

Corriendo, gritando y agitándose en todos sentidos, las tres niñas Ana, Isabel y Margarita entraron cierto día en su casa muy asustadas. Una de ellas había puesto el pie sobre un nido de «extrañas moscas amarillas y negras,» que, saliendo al punto al aire libre, comenzaron á perseguir á las criaturas.

—¡Mire V. cómo nos persiguen esas moscas!—gritó Ana, penetrando en la cocina con sus compañeras.

—¡Nos van á matar, Catalina!—añadió Isabel, acercándose á la cocinera.

—No son moscas,—contestó esta última,—sino avispas, y ya veréis cómo os clavan el aguijón.

Las niñas, siempre gritando, corrieron al comedor y subieron después á la habitación de su abuela, siempre perseguidas por las avispas.

—¡Abuela!—exclamó Ana.—¡Nos van á matar esas moscas!

—¿Qué ocurre?—preguntó la anciana, que estaba leyendo tranquilamente la Biblia.—Sentaos en el sofá y contadme lo que ha sucedido. ¿Qué habéis hecho para que os persigan así las avispas?

—He pisado, sin querer, uno de sus nidos,—dijo Ana.

—¡Aquí viene Catalina!—gritó Isabel.

—Sí,—repuso la cocinera, agitando una escoba que llevaba en la mano;—ya he matado cinco, y voy á concluir con las demás.

Mientras Catalina perseguía á los insectos sin dejarles un punto de reposo, la cariñosa abuela lavaba los brazos y piernas de las niñas, que las avispas habían picado en varias partes, atravesando con el aguijón hasta las medias.

Cuando Catalina hubo expulsado el enemigo de la habitación, las niñas manifestaron deseos de perseguir á las que se habían escapado para castigar su atrevimiento, y una propuso que se les arrancase el aguijón para que no volviesen á picar; pero la abuela no fué de este parecer.

—Lo más prudente,—dijo,—será no acercaros más á esos insectos, porque seguramente



volverían á clavaros sus aguijones. Yo enviaré á Patricio algún día para que haga un montón de heno y queme azufre donde están las avispas, pero entretanto huid de ellas.

Las niñas juzgaron que el consejo era muy particular; pero comprendiendo que su abuelita sabría más que ellas sobre tales cosas, tuvieron buen cuidado de obedecerla.



Un perro Inteligente

### EL RATÓN Y LA OSTRA

Un día papá trajo ostras á casa, y dejólas en un cobertizo del jardín, á donde mamá fué á buscarlas á la mañana siguiente. Llegado el momento, no fué poca su sorpresa ante el espectáculo que se ofreció á su vista, al mismo tiempo que le hizo soltar una carcajada.

Durante la noche las ostras habian entreabierto un poco sus conchas, y un ratoncito muy pequeño, de poco más de una pulgada de largo, habia introducido la cabeza en el hueco de una, entre sus afilados bordes. En el mismo instante la ostra se cerró, quedando co-



gida la cabeza del pobre animal con más seguridad que en una trampa. El molusco apretó tanto, que muy pronto el ratoncito murió estrangulado.

Mamá no había visto nunca una cosa semejante, y llamó á todos para que presenciaran el hecho.

Papá aprovechó la ocasión para hacer comprender á su hijo que si el ratón no se hubiera alejado de su madre no le habría sucedido aquella desgracia.

## DOS NIDOS

De la rama más gruesa de un árbol la joven mamá ha colgado la cuna donde su niña reposa, y, meciéndola suavemente, hace sonreír á su querida niña.

La brisa es ligera, las aves emiten sus más dulces trinos entre el espeso follaje, toda la



Un perro inteligente

naturaleza parece sonreír, y la cariñosa mamá, contemplando al tierno infante, observa como sus ojos se cierran poco á poco, quedando, al fin, sumido en profundo sueño. Sobre la cuna hay un nido donde una ave cuida también de sus hijuelos con la misma solicitud y no menos cariño.

## UN PERRO INTELIGENTE

El dócil Enrique había ido al campo á visitar á una familia. Una tarde estaba sentado á la puerta hablando con el tío Francisco, dueño de la granja, cuando éste dijo de pronto:

—Ya será hora de que vayas á traer las vacas.

Enrique tenía costumbre de ayudar á todos los que solicitaban sus servicios; pero como aquella era la primera vez que iba á la granja, sorprendióle un poco la franqueza del tío Francisco. Sin embargo, levantóse para obedecer; mas como aquél siguiera hablándole sin detenerse, no queriéndole dejar con la palabra en la boca, porque esto hubiera sido una falta de educación, volvió á sentarse.

Poco después Enrique vió las vacas, que llegaban seguidas de un perro de pastor, el cual parecía conducir las.



—¡Oh! — exclamó. — Ya entiendo: le decía V. al perro que fuera á buscar las vacas. Yo creí, tío Francisco, que me lo decía V. á mí.

El buen hombre se sonrió.

—Habrás pensado, — repuso, — que yo quiero hacer trabajar á los que me visitan. Mi perro *Nerón* me había entendido ya, aunque estaba en la cocina, y marchó al punto.

—¿Se llama *Nerón*? Es vergonzoso dar semejante nombre á ese noble animal.

El muchacho había leído mucho la historia y recordaba un capítulo en que se hablaba de cierto emperador llamado *Nerón*, quien tenía por costumbre quemar cristianos para iluminar su jardín.

—Eso no importa, — contestó el tío Francisco; — ese perro es tan bueno é inteligente que casi nos hace tomar cariño al nombre de *Nerón*.

—¡Cuidado con aquel cordero! — añadió, dirigiendo la palabra al can.

*Nerón* se alejó un poco y cumplió exactamente la orden.

Al poco rato otros dos corderos huyeron en dirección á la pradera.

—¡Hazlos volver pronto, — gritó el labrador, — y ponte á la puerta para que no vuelvan á salir!

El perro obedeció esta vez con tanta precisión como la primera.

—¿Crees tú, — preguntó el tío Francisco al muchacho, — que un perro puede distinguir un color de otro?

—Eso sí que no, — contestó Enrique.

—Pues *Nerón* sabe hacerlo, — replicó el labrador. — Tengo dos vacas rojizas y dos manchadas, y mi perro hará venir la que yo le diga. *Nerón*, — añadió, — tráeme una de las vacas coloradas.

Alejóse el perro, y pronto volvió conduciendo el animal indicado.

Enrique no pudo menos de sonreír.

—No creí yo que un perro fuera capaz de distinguir los colores.

—Pues ya ves que sí. Un perro tan inteligente como el mío no se paga con ningún dinero. No hay animales tan nobles como los de esta especie, y por eso me indigno cuando los maltratan.

### EL FIN DE DOS MUÑECAS

En cierta casa había una niña que en nada pensaba más que en su muñeca, y á cada momento extasiábase contemplando sus ojos azules y su cabello rubio. Era un angel de bondad y de dulzura, y hacíase querer de todos por su docilidad.

Un día fué admitida en la familia otra niña que debía ser su compañera. Tenía el cabello y los ojos negros; distinguíase por lo traviesa y atrevida. Cierta tarde indujo á la hija de la casa á escaparse con ella un rato para pasear por la playa, que estaba muy próxima. Las dos salieron con sus muñecas, y después de jugar un rato dejáronlas en la húmeda arena, pero de pronto vino una ola y las arrastró. Las dos niñas volvieron á su casa, una de ellas triste y afligida por la pérdida que acababa de sufrir como castigo de haber seguido un mal consejo, y la otra risueña é indiferente sin pensar más en su muñeca.

## EL CENTÉN DE TERESITA

(Continuación)

—Teresita: déjame, te ruego, que reflexione yo un poco sobre eso, y puedes estar segura de que si no me decido sin pensarlo bien antes, es en beneficio de Juanita misma.

—Pero, mamá: ¿puedes dudar acaso del beneficio que le reportaría á ella entrar á servir en casa? Esto fué la suerte de Anita Romero y demás niñas de las escuelas que hemos tenido por sirvientas, y lo sería para Juanita, que, no lo dudes, todo lo aprendería pronto; y si luego dieses buenos informes...



—Pues esto es precisamente lo que me detiene, niña, porque conozco desde que nacieron á todas las niñas de la escuela, y no me consta nada sobre Juanita.

—Sin embargo, mamá, yo estoy bien segura de que es digna de toda confianza: lleva retratadas en la cara la honradez y la bondad. ¡Y su madre! ¡Y la pobrecita Paquita, tan resignada á pesar de su terrible enfermedad! Cree que las tres, te lo aseguro, son dignísimas de que hagas por ellas cuanto puedas.

—Lo mismo creo, Teresita; pero, sin embargo, no me disgustaría saber algo de su historia, á fin de estar de todo punto segura de que no hay el menor inconveniente en admitir á Juanita en casa.

—Entonces ¿será menester, pues, mamá, que continúe llevando esa vida ociosa que tanto la disgusta, y que su pobre madre tenga que seguir manteniéndola?

—Vas muy de prisa, niña. En una casa como la nuestra abundan más las tentaciones que no en otras mucho más modestas. Aquí todo el mundo es un descuidado, todo anda á la buena de Dios; pues lo mismo Carlota que los demás nada guardan, y lo dejan todo tal como les coge. A veces se olvidan un brazalete, unos gemelos ó una sortija sobre la chimenea, y allí se están semanas y meses enteros. No hay día que en vuestras canastillas de labor no me encuentre con calderilla y hasta monedas de plata. En vuestra vida habéis cerrado con llave los pupitres; y si esto se os ocurre por casualidad, dejáis la llave puesta. Un pupitre de tal manera abandonado despierta la tentación, y por poco curioso que uno sea ¿cómo resistir al deseo de ver lo que hay allí dentro? Pues bien: yo creo que está muy mal hecho exponer á esos trances la

inexperiencia de un criado ó criada jóvenes: es una falta muy grave, por más que no se les ocurra creerlo así á los amos. Esto no quiere decir que deje de ser una falta inexcusable en quienes debieran evitarlo.

D.<sup>a</sup> Victoriana había acabado por ponerse muy seria al hablar así; por lo cual, impresionada Teresita, puso punto en boca.

—Creo,—continuó diciendo la Sra. de Arregui,—que, bien considerado todo, valdría más que Juanita comenzara por servir en una casa donde la mirada vigilante de su ama no la perdiera de vista. Así adquiriría hábitos de orden minucioso que no le sería posible adquirir en nuestra casa; y una vez bien reconocidas su actividad y buenas cualidades, podríamos recomendarla con toda confianza para otros amos de mejor posición. He oído decir que doña Trinidad Fonseca andaba en busca de una muchacha.

(Se continuará)



El fin de dos muñecas



## SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Cuadrado: Cara, Alas, Rana, Asas.—Charada: Zamora

## + PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +

## TERCIO DE SÍLABAS

.	.	.	.	.	.
.	.	.	.	.	.
.	.	.	.	.	.

Primera línea vertical y primer grupo horizontal, abunda en Barcelona; 2.ª, nombre de varón; 3.ª, que padece cierta enfermedad.

EUDALDO DALTAUIT ANDREU

## CRİPTOGRAFÍA

El sol nos da calor. Tienes hambre.  
Esto es peor. Sé tú. Sir

—==—

Combinar estas frases de modo que den una sola oración.

E. B.

## LOGOGRIFO

1 2 3 4 5 = Nombre de mujer.  
2 3 4 5 = Equivalente á clase.  
2 4 5 = Órgano de las aves.  
4 2 = Nota.  
3 = Vocal.

JULITO ARRIAS



El fin de dos muñecas

## ROMPECABEZAS

R	.	.	.	.	.
.	O	.	.	.	.
.	.	S	.	.	.
.	.	.	A	.	.
.	.	.	.	L	.
.	.	.	.	.	I
.	.	.	.	.	A

Sustitúyanse los puntos con letras de modo que, horizontalmente, resulte en cada línea un nombre de mujer.

BAUDILLO DE LOS COBOS

## FUGA DE CONSONANTES

.	i	.	i	.	i	.
.	i	.	i	.	i	.
.	i	.	i	.	i	.
.	i	.	i	.	i	.
.	i	.	i	.	i	.
.	i	.	i	.	i	.
.	i	.	i	.	i	.

FRANCISCO DE LA PEÑA

## \* CHARADAS \*

—Con la *todo* que ayer se armó en mi casa no sé ni dónde tengo la cabeza.

/ *Tercia* y *cuarta* / Acudid: venga en seguida mi *prima dos*: me abrigaré con ella.

—Si no tiene usted calma. —*Cuarta* tengo, pero me va faltando la paciencia.

CAPS

—==—  
Acércate, *todo* mío:  
alarga la *prima dos*,

y en ella *cuarta* y *primera*  
de *tres segunda* un calzón.  
Pero si *segunda* y *cuarta*  
que tú te das *cuarta* y *dos*,  
te pongo una *tercera* y *prima*  
en *prima* y *segunda*, y doy  
á un cerrajero el encargo  
de instruirte en su profesión.

—==—

—+—+ Las soluciones en el número próximo +—+—

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.